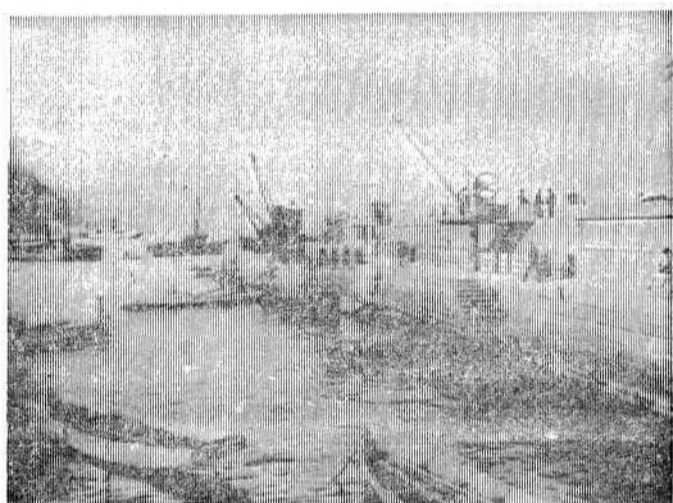


PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ Por Juan Antonio Padrón Albornoz

La puerta de la Isla



El viejo desembarcadero del puerto de Santa Cruz, antes de que se instalase la estructura metálica de la "marquesina".— (Reproducción fotográfica, Juan Hernández).

En el mismo lugar donde el puerto se funde y compenetra con la ciudad, la vieja "marquesina" eleva su anacrónica y metálica estampa.

A la sombra de la apagada farola —la misma que por vez primera lució el 31 de diciembre de 1863—, la "marquesina" del puerto de Santa Cruz cumple, como siempre, su misión humilde de embarcadero y desembarcadero y, al mismo tiempo, de punto de reunión —casi obligada— de todos los hombres de la mar y los barcos que por sus alrededores transitan, han transitado en el lento y paradójicamente rápido correr de los años.

Ha sufrido las vicisitudes del desarrollo portuario. Fue concebida y construida como punto y lugar para las antes citadas operaciones —eran años del carbón los barcos fondeados a la gira— así como para que por aquella zona del puerto se llevase a cabo cierto tráfico de mercancías.

Era la época del "pescante" que claramente se muestra en el viejo grabado que encabeza estas líneas y que, con su sencillez, era hito, límite para el calado de las embarcaciones que entonces constituían el denominado "tren de lanchas". Estas, embarcaciones muy marineras, salidas todas ellas de las gradas improvisadas en las playas de aquel Santa Cruz abierto totalmente al mar, tenían a su cargo el traslado al muelle de las mercancías que los vapores y veleros descargaban en ellas mientras, proa al tiempo reinante, realizaban sus habituales tareas fondeados a la gira.

Era la época de poco muelle y muchos barcos.

Era la época de un Santa Cruz —mejor, un Tenerife— en franca y total superación y desarrollo.

El desembarcadero era y es historia. Por allí se llevó a cabo el desembarco de las fuerzas de Nelson y allí está —plasmado en piedra y casi desconocida de todos— la señal, clara, de un impacto artillero en la roca que forma un sillar de su muralla. La piedra rota, herida, muestra sin lugar a dudas que fue desde el desaparecido castillo de San Pedro —el que llegó a nuestros días convertido en cuartel de Ingenieros— desde donde se hizo el disparo que dejó su señal en el basalto.

El grabado no muestra aún la estructura metálica de la "marquesina". Sí el pescante y las pequeñas grúas de vapor, móviles, que hasta nuestros años niños llegaron. Y que si no prestaban ya servicio, sí, en cambio, eran punto de cita y juego para aquella chiquillería entonces enamorada del mar y los barcos que seстеaban, tranquilos, al abrigo del muelle Sur.

De allí la mirada se extendía hacia un Santa Cruz —recostado en la playa y sediento de brisias— que se reflejaba en el mar, su mar de puerto y domesticada. Allí estaban los almacenes de la firma Ruíz Arteaga y, a la izquierda, se alzaba el castillo de San Cristóbal. Y de aquella explanada se pasaba a un Santa Cruz comercial por las estrechas, rectas calles, suficientes para el tráfico de entonces.

Abajo, a la orilla casi del mar, quedaba la Capitanía de Puerto, la Dirección de Sanidad, la Pescadería y los tinglados que, al costo de 13.098 pesetas, construyó la Junta de Comercio.

La vieja Aduana completaba por el Sur el aspecto de la zona mientras que, por el Norte, la limitaban la celaduría de Puertos Francos, caseta de Consumos, los antes citados almacenes y la casa de torrero.

La actual realidad, espéndida, de la calle del Tigre —la antes vieja y jorobada— se recataba tras la arboleda verde de la Alameda, la obra del marqués de Branciforte en 1787.

Nada queda ya de aquellas antiguas casonas, tocadas de humildes tejas canarias, que daban sombra, calor y vida, a las viejas calles marineras del Santa Cruz que fue, que aún es.

Enmarcada entre las de San Francisco y Marina, la calle del Tigre parecía compartir el ambiente que caracterizaba ambas entonces importantes vías. La primera, con el viejo balcón canario apuntando a los lejanos Toscales, dormía sueño de años. Y aún nos parece guarda entre sus pétreos adoquines, repiques de férreas herraduras y rumores de landós y coches de punto.

En la paz de la plaza —la aguja de torre de San Francisco ponía vista desde la mar su nota característica—, bendecida por canción lenta de campanas, se reflejaba la misma tranquilidad, el mismo sosiego, que otra nuestra ciudad, la Santa Cruz palmera, goza a orillas del mar que la acuna con eterna canción.

De este ambiente sosegado parece estar empapado este Santa Cruz de ayer.

Estampas de embarcaciones con aquel constante ir y venir y, al fondo, un solitario remolcador mientras, en el mismo embarcadero, aguantándose sobre los remos, una ballenera espera para luego, en boga arrancada, salir en busca del "steamer" que —fuera de la bocana— esperaba su llegada y, quizás el despacho y documentación para seguir viaje.

La "marquesina" llegó a nuestros días con aire y ambiente puramente marineramente.

En su último tramo, casi donde hoy se abre la negra boca del pontón de saneamiento y desagüe, unos pescantes de pica

—fuera de la bocana— esperaba su llegada y, quizás a veces, un despacho y documentación para seguir viaje.

La “marquesina” llegó a nuestros días con aire y ambiente puramente marinerío.

En su último tramo, casi donde hoy se abre la negra boca del pontón de saneamiento y desagüe, unos pescantes de pico de ganso —entonces clásicos en todos los barcos que cruzaban la mar— se alzaban sobre el pétreo borde de la calzada. Y de ellos colgaban, perfectamente trincados a son de mar, los botes del servicio portuario.

A nuestros días llegados tales pescantes. Tristes. Solitarios. Eran como interrogantes metálicos que se reflejaban sobre el mar y a ella preguntaban, con gritos llenos de silencio, el por qué de la marcha —para siempre— de los aparejos que antes la adornaban y de aquellos sus valientes dos proas.

Hoy la “marquesina” guarda ecos de las salvas que, en tiempos ya idos, saludaban el arribo a Santa Cruz de escuadras y personajes reales.

Por ella desembarcó el príncipe de Gales —luego Jorge V— y, también, en épocas posteriores, el príncipe Alberto de Mónaco, el rey Jaja de Opobo, Alberto de Bélgica, Alfonso XIII...

Marinos que hoy ocupan un lugar destacado en la Historia —así, con mayúscula— también pisaron tierra tinerfeña por vez primera en el humilde desembarcadero donde aún canta y rie la mar con sus risas azules: Aubé, el almirante francés creador de la “jeune école”; Monit, el chileno que llegó luego a la presidencia de la nación; Saldanha, el brasileño que, especialista en oceanografía, alcanzó luego el almirantazgo; Arnauld de la Périère, el autor del hundimiento de 400.000 toneladas con su submarino durante la primera guerra mundial y, entre ellas, las correspondientes a los acorazados “Triumph” y “Majestic”, ambos víctimas de los torpedos de su “U-21” en los Dardanelos; Karl Doenitz, el último Führer de Alemania; Larrazabal, el entonces teniente venezolano y que, como almirante, ocupó un destacado lugar en la política posterior de su patria.

¿Y escritores? Kipling, Blasco Ibañez, Zamacois, Eugenio Noel, Claudio Ferrere...

Todo un mundo revive en la vieja foto de un Santa Cruz que se resiste a dejar de ser y que, por tanto, es símbolo de esa tradicional ligazón entre la ciudad —Isla toda— y su puerto, su verdadera puerta.

—fuera de la bocana— esperaba su llegada y, quizás a veces, un despacho y documentación para seguir viaje.

La “marquesina” llegó a nuestros días con aire y ambiente puramente marineró.

En su último tramo, casi donde hoy se abre la negra boca del pontón de saneamiento y desagüe, unos pescantes de pico de ganso —entonces clásicos en todos los barcos que cruzaban la mar— se alzaban sobre el pétreo borde de la calzada. Y de ellos colgaban, perfectamente trincados a son de mar, los botes del servicio portuario.

A nuestros días llegados tales pescantes. Tristes. Solitarios. Eran como interrogantes metálicos que se reflejaban sobre el mar y a ella preguntaban, con gritos llenos de silencio, el por qué de la marcha —para siempre— de los aparejos que antes la adornaban y de aquellos sus valientes dos proas.

Hoy la “marquesina” guarda ecos de las salvas que, en tiempos ya idos, saludaban el arribo a Santa Cruz de escuadras y personajes reales.

Por ella desembarcó el príncipe de Gales —luego Jorge V— y, también, en épocas posteriores, el príncipe Alberto de Mónaco, el rey Jaja de Opobo, Alberto de Bélgica, Alfonso XIII...

Marinos que hoy ocupan un lugar destacado en la Historia —así, con mayúscula— también pisaron tierra tinerfeña por vez primera en el humilde desembarcadero donde aún canta y rie la mar con sus risas azules: Aubé, el almirante francés creador de la “jeune école”; Monit, el chileno que llegó luego a la presidencia de la nación; Saldanha, el brasileño que, especialista en oceanografía, alcanzó luego el almirantazgo; Arnauld de la Périère, el autor del hundimiento de 400.000 toneladas con su submarino durante la primera guerra mundial y, entre ellas, las correspondientes a los acorazados “Triumph” y “Majestic”, ambos víctimas de los torpedos de su “U-21” en los Dardanelos; Karl Doenitz, el último Führer de Alemania; Larrazabal, el entonces teniente venezolano y que, como almirante, ocupó un destacado lugar en la política posterior de su patria.

¿Y escritores? Kipling, Blasco Ibañez, Zamacois, Eugenio Noel, Claudio Ferrere...

Todo un mundo revive en la vieja foto de un Santa Cruz que se resiste a dejar de ser y que, por tanto, es símbolo de esa tradicional ligazón entre la ciudad —Isla toda— y su puerto, su verdadera puerta.